

EXHUMAR LA NOCHE. DE TLATELOLCO A AYOTZINAPA, CONTRA PERIODISMO DE
REPRESIÓN Y RESISTENCIA SOCIAL

EXHUMING NIGHT: FROM TLATELOLCO TO AYOTZINAPA, A COUNTER-JOURNALISM ON
REPRESSION AND SOCIAL RESISTANCE

ANA EMILIA FELKER
UNIVERSITY OF HOUSTON
aefelker@central.uh.edu

Recibido: 5 de noviembre de 2020

Aceptado: 15 de enero de 2021

Resumen

Al leer juntos *La noche de Tlatelolco* de Elena Poniatowska y *Los procesos de la noche* de Diana del Ángel se evidencia una continuidad histórica entre la masacre estudiantil que ocurrió en 1968 en la Ciudad de México y la desaparición de los 43 estudiantes de la Normal Rural de Ayotzinapa en 2014 en el estado de Guerrero. En estas crónicas las autoras muestran que las mismas instituciones estuvieron involucradas en ambos crímenes de Estado. Aunque pertenecen a diferentes generaciones, sus técnicas de investigación y narración periodística, así como sus formas de enfocar la violencia, las enmarcan en un canon muy específico del periodismo narrativo que construye un contra periodismo sobre la represión y la resistencia social en el México contemporáneo.

Palabras clave: contra periodismo, testimonio, crónica, Tlatelolco, Ayotzinapa

Abstract

When reading together *La noche de Tlatelolco* by Elena Poniatowska and *Procesos de la noche* by Diana del Ángel, a historical continuity is evidenced between the student massacre that occurred in 1968 in Mexico City and the disappearance of the 43 students from the Ayotzinapa Rural Training School in 2014 in the state of Guerrero. In these *crónicas*, the authors show that the same institutions were involved in both State crimes. Although they belong to different generations, their writers' immersion techniques, as well as their ways of approaching violence, frame them in a very specific canon of narrative journalism that builds a counter-journalism about repression and social resistance in contemporary Mexico.

Keywords: Counter-journalism, Testimony, *Crónica*, Tlatelolco, Ayotzinapa

En 1971, Elena Poniatowska publicó *La noche de Tlatelolco*, un libro icónico sobre la masacre estudiantil de 1968 que la consagró en el periodismo latinoamericano. En esta crónica depuró su método: escuchar los testimonios de personas que narran desde el sesgo de la percepción, sin dejar que el análisis enfríe la experiencia subjetiva (Sefchovich 125). Por alrededor de dos años reunió opiniones a favor y en contra del movimiento estudiantil, sentimientos de indignación popular, pero también la emoción por la celebración de las Olimpiadas de las que México fue el país anfitrión ese año. El mosaico de historia oral capturó la naturaleza polifónica de ese momento convulso durante el cual el gobierno reprimió violentamente la disidencia.

En 2017, la poeta y activista Diana del Ángel publicó *Procesos de la noche*, crónica del trámite burocrático emprendido por la familia Mondragón para exhumar el cuerpo de su hijo, Julio César. En medio de movilizaciones populares que señalaban la responsabilidad del Estado en el crimen, la familia intentaba descubrir las circunstancias no sólo de la muerte de Julio César sino también del desollamiento de su rostro. Del Ángel narra paso a paso los momentos de espera junto a la abogada Sayuri Herrera, la familia y el cuerpo de Julio César en la oficina forense. Del Ángel recurrió a testimonios de familiares y amigos para conjurar la imagen de horror difundida por los medios de comunicación y recuperar la memoria viva de Julio César.

La noche de Tlatelolco y *Procesos de la noche* están tan vinculados en contenido y forma que uno parece ser la secuela del otro. Algunas de sus similitudes son la presencia de la noche en los títulos, la innovación formal alrededor de la crónica periodística, la experiencia como mujeres periodistas narrando hechos violentos de primera mano, la incorporación literaria de los testimonios, el involucramiento con las víctimas, así como la dificultad de reconstruir una tragedia que el Estado intenta ocultar. Hay una ironía trágica en que la matanza de Ayotzinapa ocurriera en el marco de recordar Tlatelolco como si se tratara de una misma larga noche.

Julio César Mondragón fue uno de los estudiantes de la Escuela Normal Rural Isidro Burgos en Ayotzinapa que viajó a Iguala (la capital de Guerrero, sur de México) la noche del 26 de septiembre de 2014. Los estudiantes tenían la intención de recolectar donaciones públicas para asistir a la marcha anual en conmemoración de la masacre de 1968 en la plaza de Tlatelolco, en la Ciudad de México. No se les permitió completar este proyecto porque se encontraron con un escenario hostil de crimen organizado, corrupción y represión contra el grupo de estudiantes cuya escuela ha tenido una larga tradición de resistencia política. Tras el enfrentamiento entre los estudiantes y las autoridades locales y federales, el cuerpo de Mondragón fue encontrado con el rostro desollado, presagiando el destino de sus compañeros: los 43 estudiantes que fueron víctimas de desaparición forzada.

El libro de del Ángel incluye un prólogo de Poniatowska, en el que la veterana autora plantea una pregunta que marca la brecha generacional entre ambas: “¿Qué país es este, señoras y señores, diputados y senadores, para que

una niña tenga que sentarse a escribir no sólo sobre el asesinato, sino del desollamiento?” (17). El gesto de prologar evidencia la conexión entre ambos libros en la preocupación de narrar las injusticias sociales; el desconcierto de Poniatowska –“¿qué país es este?”– muestra la evolución de la violencia desde 1968 al presente. Otros libros se han escrito sobre la desaparición de los estudiantes de Ayotzinapa, entre ellos, el de John Gibler, *Una historia oral de la infamia* o el de Sergio González Rodríguez, *Los 43 de Iguala*. Sin embargo, es al libro de Diana del Ángel al que Poniatowska le dedica este gesto casi maternal.

Las dos autoras comparten un lugar de enunciación de mujeres periodistas escritoras que abordan hechos violentos. Comparar ambos libros también permite reconocer los recursos narrativos e investigativos que utilizan para elaborar una crítica sistémica, así como diferenciar sus estrategias. Poniatowska no se concentra en relatos individuales, sino que retrata la forma en que la masacre impactó a la sociedad en general. Del Ángel parte de la exhumación del cuerpo de Mondragón para rastrear algunos rasgos históricos del desollamiento en México, así como el problema estructural de la impunidad desde el trato en la oficina forense hasta los altos mandos del gobierno. La narración de estos crímenes de Estado –Tlatelolco y Ayotzinapa– revela la continuidad de la violencia estructural que afecta a indígenas, estudiantes, activistas y periodistas que por años han conformado diversos movimientos de resistencia.

Antecedentes históricos de Tlatelolco y Ayotzinapa

En su libro *México armado*, la periodista Laura Castellanos documenta la radicalización del país como consecuencia de la persecución política de organizaciones en defensa de la tierra contra poderes feudales o de derechos laborales; cualquier movimiento que tuviera tintes comunistas estaba bajo la mira. En los años 40 el movimiento agrario liderado por Rubén Jaramillo en Morelos, al sur de la capital, tomó las armas y se refugió en la sierra. Después de años de resistir fuera y dentro de la clandestinidad, Jaramillo fue asesinado en 1962. En 1965, estudiantes normalistas de Chihuahua, al norte del país, asaltaron el cuartel Madera, pero este movimiento de normalistas fue desarticulado antes de poder unirse con la guerrilla al sur del país liderada por el maestro normalista Lucio Cabañas en Guerrero, quien también fue asesinado.

Estas luchas han sido narradas por escritores y periodistas que compartían con ellos convicciones políticas. Elena Garro, por ejemplo, publicó en 1959 en el semanario *Presente!* una serie de crónicas que tituló “Breve historia de Ahuatepec”. En ellas narra el movimiento campesino en Morelos luego del asesinato de Rubén Jaramillo. La propia Elena Poniatowska escribió para el periódico *La Jornada* sobre la amistad entre Elena Garro y el líder campesino. Después, Poniatowska escribió *No den las gracias: La colonia Rubén Jaramillo y el Güero Medrano* sobre una colonia popular que se estableció bajo la filosofía de lucha de Jaramillo. Carlos Montemayor, por su parte, produjo la gran novela sobre Lucio Cabañas: *Guerra en el paraíso*.

Estos autores documentaron la escalada de la tensión política en el país en esa época y la represión de las luchas campesinas. Entre las protestas de médicos, maestros normalistas, ferrocarrileros, entre otros, México estaba en llamas y Poniatowska estaba en el centro del conflicto; había entrevistado, por ejemplo, al líder ferrocarrilero Demetrio Vallejo en Lecumberri antes del 68. La población que demandaba una mejora en las condiciones de vida se enfrentaba con la censura del gobierno y de los medios de comunicación, la propia Poniatowska no pudo publicar muchos de sus artículos y entrevistas sobre estos temas y se vio obligada a encajonarlos para convertirlos en futuras novelas (Corona y Jörgensen 40).

Laura Castellanos sostiene que la masacre de Tlatelolco fue el punto climático, el evento que canceló definitivamente el camino hacia una opción no radical de protesta social. El gobierno demostró que no estaba dispuesto a escuchar ni a negociar. En *La noche de Tlatelolco*, Poniatowska capturó la efervescencia de una crisis política que venía arrastrándose por años y que explotó en el marco de las Olimpiadas. Si bien los incidentes y luchas previas habían sido documentadas en otros libros y crónicas, gran parte de la sociedad desconocía lo que estaba ocurriendo en el resto del país porque los medios no lo cubrían. Pero la masacre del 68 provocó la toma de conciencia del conflicto, así como de la lucha por el relato entre la historia oficial que buscaba retratar a los estudiantes como personas violentas, rebeldes sin causa y la contra historia para la cual trabajaba Poniatowska que los mostraba como personas luchando por sus derechos.

Se había echado a andar una política internacional armamentista para combatir el comunismo caracterizándolo como una amenaza. En *La noche de Tlatelolco*, Poniatowska mostró la dimensión humana de las rebeldías. A través de cientos de entrevistas, retrata las fuerzas asimétricas entre la disidencia de los estudiantes y el armamento militar. Este testimonio recuperado por ella, por ejemplo, muestra la forma en que los líderes del movimiento estudiantil se expresaban en asambleas sobre la necesidad de abrir el diálogo con el gobierno, todo esto antes de la masacre:

El Movimiento Estudiantil no es obra de delincuentes ni tiene propósitos de subversión del orden institucional. Los líderes estudiantiles están dispuestos a entablar un diálogo con las más altas autoridades del país.

Ing. Heberto Castillo, *Anatomías*, Mesa redonda organizada por Jorge Saldaña, 21 de agosto de 1968. (63)

A pesar del consenso histórico sobre la masacre de Tlatelolco, las responsabilidades aún no se han establecido formalmente. Más de medio siglo después de la masacre, aún existe un abismo entre el recuento de muertos reportado por la sociedad civil y el reconocido oficialmente, alrededor de 300 y 30 respectivamente. A pesar de este intento de borrar la memoria, todos los años la manifestación para recordar y denunciar la masacre abarrotó el camino hacia la plaza de Tlatelolco en un vibrante esfuerzo estudiantil por preservar la indignación. En la serie de imágenes que abren el libro de Poniatowska, leyendas como la

siguiente arrojan luz sobre lo que las cifras oficiales ocultaron sobre la masacre: “Junto a la vieja iglesia de Santiago Tlatelolco, se reunió confiada una multitud que media hora más tarde yacería desangrándose frente a las puertas del Convento que jamás se abrieron para albergar a niños, hombres y mujeres aterrados por la lluvia de balas...” (s. p.).

Poniatowska enfoca la fragmentariedad de la vivencia: incluye los testimonios, las reacciones de quienes estuvieron en la plaza, pero también las de quienes solo conocían lo que presentaban los medios. Vemos desde los ojos de los protagonistas que no alcanzan a distinguir por completo la dimensión de lo ocurrido ni el impacto que tendrá a nivel histórico:

¿Qué pasa afuera? ¿Cómo están todos?

Manuel Marcué Pardiñas, periodista preso en Lecumberri. (130)

También incluye volantes y cartones del periódico:

El silencio es más fuerte.

Cartón de Abel Quezada. *Excélsior*, 14 de septiembre de 1968. (63)

Beth E. Jörgensen dice que la estrategia discursiva de Poniatowska para corroborar un hecho de forma periodística es la acumulación de expresiones culturales que demuestren la insatisfacción de la sociedad civil y el consenso público sobre la corrupción del gobierno (89). En *La noche de Tlatelolco* vemos esa proliferación de testimonios, cartones, pancartas, consignas, declaraciones en asambleas, decenas de voces que desaprueban la represión del gobierno contra los movimientos sociales y en particular la masacre estudiantil. Poniatowska al entrevistar, recopilar, ir a los lugares trabaja en la construcción de un archivo que luego podrá ser utilizado para cuestionar la historia oficial. En contrapunto a la visión cercana, cronística, de primera mano y en tiempo presente, Laura Castellanos presenta un análisis global en retrospectiva; cuando los archivos oficiales son inaccesibles porque están clasificados, ella investiga en otros archivos (Herrscher 58) para reconstruir la contra historia gracias a los relatos que dejaron autoras como Poniatowska. Su análisis permite entender las ramificaciones de la masacre de Tlatelolco para luego vincularla con la desaparición de los 43 estudiantes en Ayotzinapa:

Dentro del país, centenares de mujeres y hombres han sido desaparecidos o encarcelados en prisiones clandestinas acusados de acciones subversivas. La mayoría eran campesinos guerrerenses, pero otra buena parte había surgido de las filas de estudiantes urbanos, ex militantes de la Juventud Comunista o cristianos radicales que habían tomado las armas luego de atestiguar la violencia oficial de 1968 y 1971 en la capital mexicana, o la de la represión de los conflictos estudiantiles de Michoacán, Jalisco, Chihuahua, Oaxaca, Puebla, Nuevo León, Sonora y Sinaloa. En 1975, sin excepción, han sido golpeados todos los grupos armados que han hecho

su aparición y otros han sido aplastados definitivamente. El control de casi la totalidad de los medios de comunicación impide que la opinión pública nacional e internacional conozca en su momento este sangriento capítulo que trascenderá a la historia como “guerra sucia”. Casi tres décadas después se abrirán los archivos oficiales que señalan a Echeverría como el principal responsable. (Castellanos 167)

Castellanos habla de la guerrilla campesina en Guerrero que estaba compuesta por militantes conformados intelectualmente en la red de escuelas rurales normales existentes desde la década de 1930. La red fue creada por el gobierno socialista de Lázaro Cárdenas. Uno de los profesores y dirigentes más reconocidos fue Lucio Cabañas, egresado de la Normal Rural Isidro Burgos de Ayotzinapa, asesinado por el ejército en 1974. Esta cronología de eventos desde la guerrilla de Jaramillo en Morelos, la toma del Cuartel Madera en Chihuahua, el asesinato de Lucio Cabañas, la masacre de Tlatelolco, entre otros acontecimientos, conectan a Elena Poniatowska y a Diana del Ángel como dos periodistas narradoras de luchas que siguen a la sombra de la historia oficial.

Las escuelas normales rurales tienen una larga tradición de militancia en el activismo social. La desaparición de los 43 estudiantes de Ayotzinapa reabrió viejas heridas de la Guerra sucia. La imagen del rostro desollado de Julio César Mondragón marcó un punto culminante en la visibilidad de la violencia en años ya sangrientos. Como explica Sergio González Rodríguez en *Los 43 de Iguala*, Guerrero es un estado donde la pobreza y la desigualdad se fusionan con una historia de guerrilla, cultivo de amapola, narcotráfico, la presencia de varios grupos criminales, el ejército, la marina, empresas mineras canadienses y agencias de inteligencia estadounidenses (72). El desollamiento se entendió inicialmente como un mensaje del crimen organizado en un territorio complejo donde la historia oficial por años ha querido imponerse a los hechos.

Hay testimonios de estudiantes y otras personas ante la fiscalía de Guerrero que afirman que los policías federales y los militares del 27° Batallón de Infantería participaron activamente en los hechos, lo cual niega la investigación oficial, que afirma que los policías federales, al igual que el ejército mexicano, sólo fueron testigos de los sucesos de esa noche. Recurso vano. (González 17)

En *México armado 1943-1981*, Laura Castellanos describe el marco histórico en el que ocurrió la Masacre de Tlatelolco que narra Poniatowska. En su libro más reciente *Crónica de un país embozado 1994-2018*, Castellanos estudia a fondo la nueva situación de violencia que enfrenta el país con la presencia del crimen organizado, contexto en el cual se sitúa lo ocurrido en Ayotzinapa.

De este punto de violencia exacerbada parte el libro de Diana del Ángel, pero los testimonios que incluye para retratar la situación no son violentos ni politizados. Los amigos de Julio César Mondragón hablan de ir al cine con él; su esposa cuenta cómo fue cuando supieron que iban a tener un bebé; hablan sobre

vacaciones felices, trabajo de campo y otras actividades que lo caracterizan como ser humano. Del Ángel se sitúa en el terreno y también nos habla desde esa perspectiva humana para reconstruir un crimen que por años el Estado ha obstaculizado su esclarecimiento: “Nos gustaba mucho hacer cosas que nos asustaran, como caminar en una cueva. Una vez Julio metió la mano en un panal y acabó con las manos hinchadas, pero con cuatro botes de miel” (115). Recordar cómo era la persona en vida es una estrategia para mantener la memoria de lo ocurrido en Ayotzinapa y continuar presionando para que se esclarezcan los hechos. Después de años de investigación y versiones oficiales refutadas, Ayotzinapa corre el riesgo de sufrir la misma impunidad que Tlatelolco. En 2019 se creó la Comisión de la Verdad y el Acceso a la Justicia en el Caso Ayotzinapa y ha mostrado señales positivas; sin embargo, queda mucho por saber sobre los hechos de esa noche para identificar a los responsables desde los niveles más bajos hasta los más altos rangos del gobierno y las fuerzas armadas.

Del Ángel escribió en medio de esta incertidumbre y como activista también participó en las manifestaciones. El conteo de los 43 se ha convertido en la intervención distintiva contra la normalización de la violencia. Ya sea en una manifestación, conferencia, clase o ceremonia pública, el conteo espontáneo y solemne del uno al cuarenta y tres evoca la presencia de los estudiantes desaparecidos e interrumpe la marcha imparable del tren de la historia como diría Benjamin.

La noche como contra periodismo

Las formas de retratar la violencia en México ha sido una preocupación constante de los periodistas sociales. En el marco de la guerra contra el narcotráfico que inició el entonces presidente, Felipe Calderón: “los periódicos se convirtieron en contadores de muertos y nosotras, las periodistas, en corresponsales de guerra en nuestra tierra” (7) reflexionan Daniela Rea y Marcela Turati quienes se propusieron hacer un periodismo esperanzador al recuperar testimonios desde el colectivo Periodistas de a Pie. En el mismo sentido, la cronista Alma Guillermoprieto dice que una de las maneras de no insensibilizarse ante la violencia es contar historias (Meneses 13). Por su parte, Leila Guerriero, al plantear su postura sobre la ética de la crónica, cita a Tomás Eloy Martínez: “El periodismo no es un circo para exhibirse sino un instrumento para pensar, para crear, para ayudar al hombre en su eterno combate por una vida más digna y menos injusta” (37). Para Martín Caparrós la crónica también es eminentemente política porque logra “poner en duda las certezas” (614).

Aunque Poniatowska y del Ángel se inscriben en este tipo de periodismo social, me interesa diferenciar su labor. Ellas no sólo investigan situaciones de injusticia y marginación, sino que abordan crímenes de Estado en los que se enfrentan con una maquinaria oficial que intenta producir una narrativa de la historia. Poniatowska y del Ángel con su escritura, acompañando a las víctimas, deben escribir en dirección opuesta recuperando las huellas que el Estado intenta borrar a través de múltiples instituciones, incluyendo los medios oficialistas. Es por

este motivo que me he referido a ellas y a los demás periodistas que han cubierto la Guerra sucia como periodistas contrahistóricos. Parto de la diferenciación foucaultiana entre la historia, que predica una supuesta objetividad desde las alturas de las verdades aceptadas, y la contra historia. Esta última: “[...] dirige sus miradas hacia lo más próximo, –al cuerpo, al sistema nervioso, a los alimentos y a la digestión, a las energías–; indaga las decadencias; y si afronta las épocas lejanas con la sospecha –no rencorosa sino jovial– de un hormigueo bárbaro e inconfesable” (Foucault 51-52).

Para reescribir la violencia constituyente (Benjamin) que conforma la historia oficial, las contraperiodistas deben observar los rasgos más cercanos para reinstaurar la humanidad de las víctimas. Propongo introducir en el campo del periodismo narrativo la misma operación que Foucault realizó sobre la historia. Si hay un Periodismo que mira al poder, cree en la objetividad y ve la realidad con una distancia; entonces el tipo de periodismo que despliegan Poniatowska y del Ángel es lo contrario, se trata de un contra periodismo. Ellas se acercan y valoran el testimonio subjetivo; desde esta perspectiva sólo pueden obtener una visión fragmentaria de eventos sujetos a interpretación. La contra historia no pretende develar una verdad oculta; el contra periodismo tampoco, pero sí pueden acceder a los documentos en los que se solidificó la historia oficial (Jørgensen 72) y visibilizar la lucha de quienes han sido marginados por esa historia.

Foucault sostiene que la historia se legitima a través de una concepción idealista de la verdad cimentada durante la Ilustración (13): “La verdad, especie de error que tiene para sí el no poder ser refutada, sin duda porque la larga coacción de la historia la ha vuelto inalterable” (22). La historia, entonces, es el resultado de la solidificación del error y el accidente estructurado en una idea vertical y jerárquica del conocimiento (Foucault 28). Pero el conocimiento, argumenta Foucault, es perspectiva y la perspectiva es siempre subjetiva (54, 51). El contra periodismo opera en este nivel cercano que al cuestionar las versiones oficiales e introducir la voz de las víctimas evita la solidificación del discurso.

Después de la masacre de Tlatelolco, los principales medios de comunicación hablaron de “fuego cruzado” en lugar de masacre y apenas informaron al respecto entre la amplia cobertura de los Juegos Olímpicos. Sobre Ayotzinapa, los medios se enfocaron en los aspectos violentos y difundieron dos hipótesis: culpar al crimen organizado y a los animales por la condición del rostro de Julio César, también se apresuraron a informar la verdad oficial. Por el contrario, Poniatowska y del Ángel, al cuestionar la historia oficial y pasar tiempo con las víctimas, ejercieron el contra periodismo.

Estas autoras parten de la metáfora de la noche, desde la cual recuperan las voces de las víctimas para reescribir la represión desde una mirada emancipatoria. En este sentido el día parece atribuirse a la ley y a la historia oficial, mientras que la noche es el tiempo en el que ocurre la violencia, pero también la escritura de la resistencia estudiantil, el lugar de la contra historia y el contra periodismo. El género mismo, la crónica, marca ya un método compartido de estar en los lugares y hablar con las personas involucradas para reconstruir hechos.

Poniatowska y del Ángel comparten un acercamiento narrativo a los acontecimientos y un acceso directo a quienes presenciaron las tragedias.

Roberto Herrscher al catalogar los diferentes tipos de enfoques en la narración periodística, recurre a los apóstoles bíblicos para determinar si tuvieron un acceso de primera, segunda o tercera mano a lo ocurrido. Diana del Ángel al acompañar a la abogada y a la familia en el proceso de exhumación, ocupa el lugar de Mateo, el que observa de primera mano, el testigo prototípico de los hechos y el que reúne las pruebas que cimentarán las escrituras (Herrscher 56). Su libro está compuesto en dos partes: todas las observaciones y sentimientos que anotó en un cuaderno durante dos años de reporteo y el ensamblaje de recuerdos y anécdotas que amigos y familiares le compartieron sobre Julio César Mondragón. Por su parte, Poniatowska entrevistó a los sobrevivientes en numerosas sesiones; se dice que pasó casi tanto tiempo en la prisión de Lecumberri como los presos políticos. Su foco no era el poder, no entrevistó a los políticos para conseguir declaraciones oficiales, le interesaban los testimonios de los estudiantes, padres de familia, vecinos que darían el pulso del momento: “La sangre de mi hija se fue en los zapatos de todos los muchachos que corrían por la plaza”, dice Dolores Verdugo de Solís, madre de familia (195).

Si bien ambas ejercen la perspectiva cercana y fragmentaria del contra periodismo, hay algunas diferencias. Poniatowska ensambla una polifonía de testimonios, algunos de los cuales son tan breves que solo muestran un estado emocional o una reacción. Esto es muy eficaz para exponer el trauma colectivo y la confusión del momento, particularmente, en una época en la que los medios estaban monopolizados y la gente en México no estaba tan acostumbrada a las manifestaciones contra el gobierno como ahora. En la crónica de del Ángel no vemos la reacción de la sociedad al caso de Ayotzinapa, esto no fue necesario en una época en la que la gente tiene acceso a internet y pudo enterarse de las muestras de solidaridad en todo el mundo por la desaparición de los estudiantes. Quizá por estos motivos es que del Ángel nos proporciona un acercamiento más íntimo a la lucha de la familia; narra su cercanía al cuerpo de Mondragón atrapado en el proceso burocrático esperando tener un entierro digno y descansar en paz.

Ambas autoras tienen diferentes estrategias en este sentido, pero la dos construyeron una narrativa que va en contra de lo que el gobierno intentaba imponer como “verdad”. Además de la verdad y el conocimiento, el contra periodismo también desafía la noción de progreso. Las personas que asisten a las manifestaciones anuales recordando la masacre de Tlatelolco y la desaparición forzada de los 43 de Ayotzinapa piden una justicia que no llegará desde las cúpulas del poder en un movimiento hacia adelante, sino mediante la resistencia. Los crímenes cometidos contra los estudiantes, su lucha y su propia existencia desmantelan la ilusión de progreso que el Estado promueve en los discursos oficiales: “La humanidad no progresa lentamente de combate en combate hacia una reciprocidad universal, en la que las reglas sustituirán, para siempre, a la guerra; instala cada una de estas violencias en un sistema de reglas, y va así de dominación en dominación” (Foucault 40).

Si bien sugiero una continuidad entre *La noche de Tlatelolco* y *Procesos de la noche*, no estoy apuntando a la teleología sino a la repetición, la repetición de hilo y aguja que teje el tejido social de la resistencia. Como propongo con el contra periodismo, Poniatowska y del Ángel recogieron documentación detallada y entendieron que la tarea no era descubrir una gran verdad sino registrar duelo y trabajar con las víctimas para recuperar la dignidad. En este sentido el contra periodismo presenta una visión alternativa a la historia oficial para entender a las víctimas de luchas históricas a las cuales aún no se les hace justicia.

Para profundizar en el enfoque del contra periodismo de Poniatowska y del Ángel, me gustaría centrarme en el parecido más visible entre sus libros: ambos utilizan la noche para desarrollar el contra periodismo. La peor parte de la masacre de Tlatelolco ocurrió durante la noche, así como la desaparición forzada de los estudiantes de Ayotzinapa y el asesinato de Julio César Mondragón. La noche es el momento en que los rebeldes se enfrentan a la autoridad, pero también el momento en que la confusión juega a favor del crimen. Se convierte en el tiempo y el lugar de la alteridad, el único lugar donde las personas marginadas puede organizarse, pero también el tiempo y el lugar donde ocurre la represión recurrente. Desde este enfoque, la noche no es solo una metáfora de la violencia que obliga a la invisibilidad, sino también una forma de estar en el mundo expulsado de la luz del progreso y una forma de asegurar la supervivencia.

La noche como rito de iniciación

Ambos libros nos muestran los testimonios de víctimas de la violencia en México, quienes, tras perder a un familiar, dedican su vida a la búsqueda de la justicia en el marco de la contra historia. Sufren una metamorfosis en la noche de la resistencia donde aprenden a usar su dolor como un escudo y una guía. En este sentido, también aprenden un nuevo idioma y una nueva forma de comportarse. Marisa Mendoza, esposa de Julio César Mondragón, vive este rito de iniciación:

Marisa ha cambiado mucho desde la primera vez que la vi en la plaza del Zócalo. En ese entonces apenas pudo dar una entrevista porque le era imposible contener el llanto. Recuerdo la fotografía de cuando acababa de dar a luz a su hija: su rostro tenía algo de niña; ahora su gesto es el de una persona adulta, una mujer que ha tenido que madurar de golpe. (del Ángel 112)

Uno de los testimonios recogidos por Poniatowska muestra una conciencia similar adquirida después de la tragedia: “Me han matado a mi hijo, pero ahora todos ustedes son mis hijos” (272), declara Celia Castillo de Chávez, una madre de familia al dirigirse a los estudiantes en la explanada de la Ciudad Universitaria, el 31 de octubre de 1968. A esta cita le sigue una de las pocas que pertenecen a la autora, mezclada con el resto de los testimonios y firmada con sus iniciales:

El día 8 de diciembre que llevamos a enterrar a Jan, mi madre, al salir, miró por la ventanilla del coche en ese viaje lento de regreso que ya no llevaba una parte y vio un helicóptero en el cielo –todos los oímos. Nunca olvidaré su rostro y la voz de su miedo:

—Un helicóptero. ¡Dios mío!, ¿dónde habrá una manifestación? (272)

Incluso si Jan, su hermano, no muriera en Tlatelolco sino en un accidente, Poniatowska empatiza con la pérdida que muchos sintieron en ese momento. Tal vez al elegir esta ubicación en el libro para recordar el entierro de su hermano durante la conmoción de la masacre, está tratando de decir que todos los estudiantes son sus hermanos, así como Celia Castillo Chávez los adopta como sus hijos en la cita anterior. Esta estrategia es típica en Poniatowska, como explica Rocío Oviedo Pérez de Tudela analizando las figuras maternas en su literatura, tiende a adoptar un papel protector con sus personajes (160).

En su colección de crónicas *Fuerte es el silencio*, Poniatowska incluyó “Diario de una huelga de hambre”. En él, relata la estrategia con la cual Rosario Ibarra de Piedra y otras mujeres exigieron la devolución de sus hijos desaparecidos durante la Guerra sucia. Rosario Ibarra es otro ejemplo de alguien que sufrió el tipo de transformación antes mencionada. De ser una madre convencional en Monterrey, se convirtió en una destacada activista y política y en la primera mujer en postularse a la presidencia de México. El punto de inflexión fue la desaparición forzada de su hijo en 1974, tras lo cual Ibarra y otras madres fundaron el Comité Eureka.

Linda Egan dice que *La noche de Tlatelolco* y *Fuerte es el silencio* capturan el momento epifánico cuando la población de México se convirtió en una ciudadanía moderna (101). La sociedad civil entendió que la razón del poder, la que opera a la luz del día, no considera a quienes han sufrido violencia de Estado. En palabras de del Ángel: “En el mercado victimizador que es México hay quienes valen más que otros” (84). La brecha que se abre entre la historia oficial y la lucha de las víctimas encuentra su expresión en el contra periodismo. La conexión entre los libros de del Ángel y Poniatowska podría esquematizarse como un embudo, la violencia en Tlatelolco fue más amplia en el sentido de haber afectado a más personas, pero el caso Ayotzinapa mostró niveles de horror nunca vistos, reducidos a un solo rostro. La narración de los cadáveres tendidos en la plaza de Tlatelolco capturó la imagen de una tragedia, el rostro desollado de Julio César Mondragón representa la abyección.

Las víctimas tuvieron que soportar la escuela de la noche, las lógicas de la violencia para volver a la luz del día con nuevas herramientas. Poniatowska recoge los testimonios de esa transformación desde la alegría de la primera manifestación hasta las secuelas de la masacre y su libro enmarca esa sensibilización colectiva. La sociedad nunca podría ser la misma y eso tuvo una consecuencia muy palpable en el próximo proceso electoral. Mientras que el libro de Poniatowska nos da una mirada sobre la epifanía colectiva, del Ángel, años después, se centra en el cuerpo de Julio César Mondragón inscrito por la violencia. El doble proceso de

exhumación, traerlo de la oscuridad de la tumba a la luz, se vuelve muy simbólico en términos de la excavación de la verdad y el significado que no cumple un objetivo, sino que es pura resistencia dentro de los laberintos de la política: “Una palabra que no aparece en las páginas siguientes, aunque anima toda la escritura y los hechos relatados es *resistencia*; todas las palabras contenidas en este libro buscan ser parte de ese aliento subterráneo que la va nombrando en las casas y en las calles...” (28).

Poniatowska y del Ángel describen a las víctimas como personas que, después de experimentar la violencia, se convierten en activistas comprometidos. Esto es relevante porque se suele retratar a las víctimas como carentes de agencia. Pero los protagonistas de estos libros son todo lo contrario, toman su dolor y lo convierten en fuerza para luchar por la justicia. Se convierten en viajeros nocturnos, contra históricos, porque son dueños de la oscuridad de su duelo mientras comunican brillantemente su epifanía al resto de la sociedad.

Al escribir sobre tragedias como estas, existe el riesgo de retratar aquellos cuerpos que sufrieron violencia como completamente inteligibles y transparentes. Sin embargo, del Ángel y Poniatowska logran conservar su complejidad. Como contraperiodistas, recogen con paciencia testimonios, notas y detalles, sabiendo que el objetivo no es resolver el crimen sino transitar el camino de la resistencia y denunciar la injusticia del sistema. Sus obras preservan el sentimiento de caos y dislocación, la polifónica de testimonios provoca la noción de que ningún héroe se eleva por encima del colectivo y de que la historia siempre está sujeta a interpretación.

Después de la noche de Ayotzinapa la única imagen que se distribuyó para representar a Mondragón fue la de su rostro desollado convertido en símbolo de violencia. Era imposible mirar esa imagen y no apartar la mirada. En el libro, del Ángel describe varios momentos del proceso burocrático donde Mondragón es reducido a la abyección y despojado de su identidad. Los trabajadores forenses adoptan esta clara actitud indiferente:

Lo principal es mantener siempre un lenguaje técnico, no humano. Entre más técnico mejor, entre menos persona veamos a la víctima mejor, para qué decir: Julio, veintidós años, padre de una bebé, esposo de una mujer, hijo de una madre, eso podría, no sé, acercarnos un poco a la víctima, sentir por un momento que podemos ser iguales a esas personas violentadas. Mejor usar *cadáver*, esa es la distancia precisa para poder mostrar su blanca sonrisa [...] y negar, cuando sea conveniente, la ayuda solicitada. (74)

Durante la investigación forense sobre el cadáver de Mondragón, un experto en huesos explica a la familia el proceso necesario para demostrar que sus costillas se fracturaron de tal manera que comprueben el homicidio. Explica que debe limpiar y “cocinar” los huesos, luego de lo cual el cuerpo se notará igual, no podrán volver a vestir el cuerpo porque lo desmembrarán (del Ángel 113). Este momento desgarrador ilustra el apego al cadáver y la desarticulación de la verdad. Es en el

cuerpo de las víctimas donde se inscribe la violencia y la contra historia: “el cuerpo totalmente impregnado de historia, y la historia arruinando al cuerpo” (Foucault 32).

En la narración de estos momentos sensibles, tanto las víctimas como las periodistas asumen la labor de visibilizar el cuerpo, restaurar su inteligibilidad, pero no del todo, solo lo suficiente para recuperar la dignidad. Las voces de su esposa e hija se vuelven centrales para visibilizarlo más allá de la violencia. Agentes del contra periodismo, del Ángel y Poniatowska confían en el testimonio como su principal vehículo para aprehender la convergencia de múltiples relatos.

Es imposible ignorar el hecho evidente de que Poniatowska y del Ángel son mujeres que investigaron y escribieron sobre hechos violentos desde diferentes posiciones y épocas. Dicen Ignacio Corona y Beth Jörgensen que por muchos años la crónica social estuvo dominada por hombres como Ricardo Garibay, Vicente Leñero, José Emilio Pacheco, Hermann Bellinghausen, pero que al llegar Poniatowska y Cristina Pacheco a la escena introdujeron otra mirada sobre este tipo de acontecimientos (11). Cuando Poniatowska escribió *La noche de Tlatelolco* ya era conocida y el libro había sido encargado por la editorial, lo que explica la cantidad de entrevistas que realizó y la magnitud de su proyecto literario. Por el contrario, Diana del Ángel transparenta en su libro una mayor vulnerabilidad en un contexto mucho más violento, como lo describe en este pasaje en el que se considera que las mujeres van solas, aunque vayan acompañadas de otras mujeres:

Marisa Mendoza, Olivia Mendoza, Sayuri Herrera, Nayeli García y yo, viajamos a la Normal de Ayotzinapa para estar presentes en la ceremonia que se organizó para despedir al GIEI. Solo vamos mujeres. Aunque ha habido compañeros solidarios que se aprestan para conducir, noventa por ciento de las diligencias que ha requerido este caso han sido hecho por mujeres. Nunca falta quién pregunte: ¿Van solas? (185)

Testimonios brillan de noche

Al carecer de vías institucionales, la investigación de los crímenes de Estado nos obliga a depender del testimonio como fuente primaria para reconstruir los hechos. La tradición testimonial en América Latina tuvo su apogeo entre los años 60 y 80, como un medio para expresar los traumas infligidos por las dictaduras, recuperar la memoria de los borrados por la historia y forjar una contra historia. También ha sido una herramienta vital en el ámbito jurídico, no para debilitar sino, por el contrario, para preservar su fuerza en la justicia transicional y la memoria histórica.

Reconocida su importancia, es necesario revisar sus características y evolución. La teórica argentina Beatriz Sarlo propone un enfoque crítico del testimonio; ella plantea preocupaciones sobre su hegemonía moral en el período de postdictadura (*Tiempo pasado*). Este modo narrativo, afirma, exige una creencia ciega. En busca de la “verdad”, concepto que ella cuestiona, olvidamos que se construye desde el presente. A medida que nos esforzamos por encontrar significado en eventos caóticos, al reconstruir el pasado a menudo caemos en la

trampa de representar teleológica e incluso mitológicamente como hace la historia oficial. Debido a que la memoria es por naturaleza una ficción, un recuento subjetivo, Sarlo opina que un medio más fructífero de comprender los acontecimientos pasados es a través de la literatura.

Tanto Poniatowska como del Ángel evitan la trampa del género testimonial analizado por Sarlo; rechazan las verdades individuales y optan por enmarcar las múltiples perspectivas de un movimiento social en una polifonía literaria. Sarlo afirma que el problema con el testimonio es que está demasiado alineado con el consumo capitalista, que clasifica la experiencia individual como verdadera. Lo más cerca que podemos llegar a la verdad es intentar comprender la fricción entre subjetividades expresadas en los diálogos, en las pasiones que dominan las acciones, en la confusión de los hechos colectivos. Las autoras mexicanas parecen reconocer el dilema entre reconstruir hechos a partir de testimonios y crear un texto literario. Se dan cuenta de que la deslumbrante centralidad del testimonio individual puede transformar al hecho en mito. La única forma de penetrar en las tinieblas del pasado es tanteando el camino casi a ciegas, vislumbrando entre parpadeos, conscientes de que los sentidos pueden engañar. Por ello permiten que las voces y el terreno dialoguen, no para recrear una teleología, sino para invocar las fuerzas ocultas que impulsaron los acontecimientos.

Entre los entrevistados de Poniatowska se encontraban residentes que miraban petrificados desde sus ventanas y otros que se enteraron de lo sucedido a través de la prensa o de terceros: padres, gente común, policías y la audiencia cautiva de los Juegos Olímpicos. Algunas ideas se repiten en las voces de diferentes personas, recreando la atmósfera del día y el mosaico que forma la opinión pública: conservadurismo, pero también efervescencia social. La sofisticada técnica fragmentaria de Poniatowska mezcla los extensos e ideologizados testimonios de los presos políticos con los gritos de quienes se escondían de una lluvia de balas. En estos últimos, produce casi un caligrama donde la recopilación de citas se asemeja a la dispersión de la multitud. En el libro de del Ángel, bajo el subtítulo “Rostro”, los testimonios interrumpen la crónica, presentando los recuerdos fragmentados de los amigos y familiares de Julio César. Son recuerdos felices que reconstruyen su rostro y su dignidad y una vida que fue plena: “Era mi mejor amigo. La última vez que lo vi fue en la feria de Tecomatlan y me dijo: Hola, flaca. Nos llevó a cenar a mí y a mis amigas. Luego me acompañó a mi casa en bici. Me decía que nunca dejara a medias mis sueños” (144).

Los testimonios que aparecen bajo el subtítulo “Rostro” invocan un pasado brillante y hacen contrapunto con el momento oscuro de la exhumación. Como técnica, equilibran la complejidad de la situación y evitan producir una figura de víctima que sufre por completo. Del Ángel incluye voces que se expresan en distintas direcciones para restaurar la dimensión humana, compleja y contradictoria de Mondragón. Con similar intención, el libro de Poniatowska abre con una serie de fotografías en blanco y negro que narran el conflicto en orden cronológico, desde la alegría y solidaridad de los manifestantes hasta la instalación

de altares a los caídos. Tanto los testimonios de del Ángel como de Poniatowska valoran los aspectos alegres de la resistencia social. Representan cómo la lucha contra la injusticia también une a las personas en una causa común.

Si bien ambas estructuraron sus libros en torno a los testimonios, escuchan también al pasado y a la geografía como capas en la polifonía de los testimonios. El título *La noche de Tlatelolco* marca en sí mismo el palimpsesto del sitio (Pérez de Tudela 163): en la misma plaza donde los manifestantes fueron masacrados por el ejército, los conquistadores españoles masacraron a los mexicas en 1521. Allí comenzó la larga noche de los pueblos indígenas, como llaman los zapatistas a la opresión que ha durado 500 años y puede estar ligada a masacres como las de Acteal, Chiapas o Ayotzinapa.

La arquitectura polifónica de la Plaza de Tlatelolco deja al descubierto las múltiples capas de pasado y olvido. Las ruinas prehispánicas y la iglesia colonial están rodeadas por los proyectos habitacionales funcionalistas desde donde los francotiradores del gobierno de Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970) dispararon hacia la multitud. Linda Egan llama a esto el síndrome azteca o la noción de que la violencia colonial tiene un efecto recurrente en la política moderna, una superposición que también observa en Poniatowska (103). Así, la polifonía parte del terreno y se cuele en la crónica como apariciones espectrales. Como si los estudiantes de Tlatelolco fueran los mismos estudiantes que protestan todos los años, o los indígenas subyugados por los colonizadores fueran las mismas comunidades que resisten las políticas extractivistas de hoy que los desplazan en nombre del progreso. Del Ángel también hace conexiones polifónicas con el pasado, reflexiona sobre el carácter inefable de la violencia y su recurrencia en el tiempo. Abre el libro refiriendo a la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (1568) en la cual Bernal Díaz del Castillo narra cómo Cuauhtémoc envió caras, dedos de los pies y manos desollados a los enemigos para evitar que atacaran al imperio azteca.

El presente libro se sumará al corpus de obras que emplea tal adjetivo, pues el nombre de Julio quedó inevitablemente ligado al vocablo, cuya raíz es el verbo desollar. A diferencia de las crónicas anteriores, en estas no se dará cuenta del destino de esa piel arrancada durante la madrugada del 26 de septiembre de 2014, simplemente porque no se sabe qué ocurrió con ella. (27)

Aunque se basan casi por completo en los testimonios, ambas autoras presentan a su primera persona de una manera sutil pero sustancial. Poniatowska parece mantenerse al margen mientras registra las palabras de los demás; sin embargo, hay al menos dos momentos en los que su mirada es explícita. La vemos en la controvertida dedicatoria a su hermano y en la introducción. En esta última busca producir un efecto multitudinario emulando el llamado a la guerra de los Cantos floridos: “Son muchos. Vienen a pie, vienen riendo. [...] Aquí vienen los muchachos, vienen hacia mí, son muchos, ninguno lleva las manos en alto” (13). Poniatowska dice, implícitamente, estoy aquí: “Vienen hacia mí”, un gesto retórico porque

sabemos que ella no estaba en la plaza. Finalmente, su autoría también es visible en la selección y orden de los fragmentos, especialmente en el momento preciso de la masacre, ya que eligió los que ayudaron a producir tensión y se asemejan, a modo de caligrama, a una lluvia de balas sobre.

La voz de Diana del Ángel es menos notoria en las secciones de testimonios (“Rostro”). Sin embargo, en el resto de la crónica ella expresa con claridad sus emociones y posiciones políticas. Su voz está mucho más cerca del activismo que la de Poniatowska; en el pulso de su texto, la narradora está presenciando claramente la exhumación: “Las vendas, blancas todavía, cubren lo que fuera la cabeza sin rostro de Julio, es imposible apartar la mirada de esa dolorosa imagen y no sentir que algo de uno se queda adentro cuando los peritos cierran el ataúd” (105).

Si bien utilizan el testimonio como técnica central en sus libros, ambas autoras se distancian del realismo social y de la necesidad de encontrar la verdad de la historia oficial. Poniatowska representa el caos, el miedo colectivo, las contradicciones, las convicciones apasionadas, la indignación y la alegría compartida de las manifestaciones. Visto el libro de del Ángel a la luz del razonamiento de Sarlo, la exhumación se vuelve más un acto simbólico de construcción del pasado a partir del presente que la búsqueda de pruebas científicas y demostrables de cómo murió Julio César. También es la necesidad de desenterrar la violencia sistémica contra los movimientos estudiantiles, dejar que la luz brille sobre ellos para que se pueda hacer justicia.

Conclusión

Elena Poniatowska y Diana del Ángel pertenecen a una tradición de periodismo social que ha usado la crónica para ayudar a las personas en su lucha por una vida mejor, una respuesta cultural crítica a los acontecimientos. Como mujeres periodistas en un campo que por décadas fue dominado por los hombres, desarrollan una mirada singular sobre los hechos a partir de un despliegue literario en el que también hacen un comentario político. Dentro de este esquema amplio de la crónica, las suyas se inscriben en una genealogía de obras que han abordado la violencia de Estado contra movimientos estudiantiles, campesinos y populares en el México contemporáneo desde la Guerra sucia hasta la fecha.

Distingo *La noche de Tlatelolco* y *Procesos de la noche* de otras expresiones del periodismo social porque no sólo narran injusticias sociales sino crímenes de Estado de alto impacto que la historia oficial ha querido tergiversar o borrar del todo. Investigar estos casos supone emprender una labor investigación de alto riesgo, pero también escribir a contrapelo de la historia para producir un relato que reconozca el carácter sistémico y estructural de la violencia. Con su trabajo, las periodistas construyen un archivo desde las voces de las víctimas que permitirá reinterpretar los hechos y cuestionar las versiones oficiales. Dentro de la elaboración de ese archivo también conectan las luchas actuales en relaciones a las de otras épocas, como hace Diana del Ángel al vincular Ayotzinapa con

Tlatelolco: un palimpsesto desde el pasado prehispánico hasta la confluencia de intereses extranjeros y nacionales en los territorios en conflicto.

Leer los libros de Poniatowska y del Ángel en conjunto permite entender la evolución de la violencia en el país, pero también de las formas de resistencia. Las normales rurales como la de Ayotzinapa han heredado estrategias de lucha que vienen desde la Guerra sucia (que tuvo su punto climático en Tlatelolco) entre las que incluyen vínculos con periodistas que difundan su versión de los acontecimientos y así franquear el cerco informativo de los principales medios de comunicación.

A partir de la recuperación de testimonios, de la inmersión en las situaciones, la conversación con los involucrados, las autoras logran restaurar el rostro de quienes fueron objetivados por la violencia. Poniatowska lo hace a nivel colectivo con el movimiento estudiantil y del Ángel con el rostro desollado de Julio César Mondragón que en su libro recupera su forma humana gracias a las voces de sus seres queridos. La discusión de Sarlo sobre el testimonio en el periodo de postdictaduras en Latinoamérica permite entenderlo no como la develación de la verdad de las víctimas sino como una lectura posible del pasado desde el presente que evita la solidificación de la historia en mitos oficiales. En ese sentido las crónicas de Poniatowska y del Ángel proporcionan los elementos narrativos para revisar episodios complejos que aún no han conseguido justicia. *La noche de Tlatelolco* y *Procesos de la noche* son crónicas polifónicas sobre el poder colectivo para crear un contra periodismo en el que la memoria de los desaparecidos encuentra espacio y todos los rostros cuentan, como aún contamos los 43 estudiantes de Ayotzinapa.

Obras citadas

del Ángel, Diana. *Procesos de la noche*. Almadía, 2017.

Benjamin, Walter. *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. Ediciones desde abajo, 2010.

Bustamante Bermúdez, Gerardo. "Elena Garro y la visión del movimiento campesino en Morelos a través de su periodismo". *Revista Valenciana: Estudios de Filosofía y Letras*, no. 25, 2019, pp. 141-165, doi:10.15174/rv.vi25.432.

Caparrós, Martín. "Contra los cronistas". *Antología de crónica latinoamericana actual*, editado por Darío Jaramillo, Alfaguara, 2011, pp. 613-615.

Castellanos, Laura. *Crónica de un país embozado 1994-2018*. Era, 2018.

- - -. *México armado 1943-1981*. Era, 2007.

Corona, Ignacio y Beth E. Jörgensen, editores. *The Contemporary Mexican Chronicle*. State University of New York Press, 2002.

- Egan, Linda. "De la 'muerte florida' al activismo civil: Elena Poniatowska rompe el fuerte silencio ancestral". *América sin nombre*, no. 11-12, 2008, pp. 101-112, doi:10.14198/amesn2008.11-12.16.
- Foucault, Michel. *Nietzsche, la genealogía, la historia*. Pre-textos, 2004.
- Garro, Elena. "Breve historia de Ahuatepec". 1959. *El Universal*, 5 sept. 2015. archivo.eluniversal.com.mx/cultura/49675.html.
- Gibler, John. *Una historia oral de la infamia*. Sexto Piso, 2020.
- González Rodríguez, Sergio. *Los 43 de Iguala*. Anagrama, 2015.
- Guerriero, Leila. *Zona de obras*. Anagrama, 2015.
- Herrscher, Roberto. *Periodismo narrativo*. Edicions de la Universitat de Barcelona, 2012.
- Jørgensen, Beth. "Matters of Fact. The Contemporary Mexican Chronicle and/as Nonfiction Narrative." *The Contemporary Mexican Chronicle*, edited by Ignacio Corona y Beth E. Jørgensen. State University of New York Press, 2002, pp. 71-94.
- Meneses, Juan Pablo. *¡Generación bang!* Planeta, 2012.
- Montemayor, Carlos. *Guerra en el paraíso*. Debolsillo, 2009.
- Oviedo Pérez de Tudela, Rocío. "Los cuerpos del disfraz. Madre o amante. La narrativa de Elena Poniatowska". *Literatura Mexicana*, vol. 16, no. 1, 2011, pp. 153-165, doi:10.19130/iifl.litmex.16.1.2005.496.
- Poniatowska, Elena. "Apuntes para una biografía". *La Jornada*, 5 de ago. 2018. www.jornada.com.mx/2018/08/05/cultura/a03a1cul.
- - -. *Fuerte es el silencio*. Era, 1980.
- - -. *La noche de Tlatelolco*. Era, 1988.
- - -. *No den las gracias. La colonia Rubén Jaramillo y el Güero Medrano*. Era, 2009.
- Rea, Daniela y Marcela Turati. Nota de las editoras. *Entre las cenizas: historias de vida en tiempos de muerte*, de Elia Baltazar et al., Sur+, 2013, pp. 7-11.
- Sarlo, Beatriz. *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo: Una discusión argentina*. Siglo XXI, 2005.
- Sefchovich, Sara. *Vida y milagros de la crónica en México*. Océano, 2017.